

Capítulo 1

La sociedad del riesgo mundial: desde las movilizaciones sociales hasta el terrorismo global*

DOI: <https://doi.org/10.25062/9786287602328.01>

Henry Cancelado Franco

Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano

Resumen: La dinámica política global que ha predominado en el siglo XXI dista mucho de ser pacífica, propia de un mundo organizado con Gobiernos estables, articulado en instituciones internacionales fuertes y cohesionado por un comercio que beneficie a todos los países por igual. Este capítulo analiza cómo esquema tripartito: estabilidad interna, institucionalidad internacional y comercio, se ahoga en amenazas y riesgos de diferente índole, que abocan al mundo contemporáneo a lo que Ulrich Beck ha llamado la sociedad del riesgo, en la cual el riesgo adquiere nuevas características porque es cada vez más difícil de calcular. De esa manera, el conflicto conduce a nuevas institucionalizaciones, y compele a buscar diferentes respuestas de parte de las autoridades. Las manifestaciones violentas y el terrorismo global comparten elementos característicos que permiten entender el cambio estructural que está sufriendo el sistema internacional contemporáneo y sustentar la idea de la sociedad del riesgo mundial.

Palabras clave: Estado; globalización; riesgo; seguridad; terrorismo.

* Este capítulo presenta los resultados del proyecto de investigación "Nueva amenaza: la movilización social violenta en perspectiva", del grupo de investigación "Centro de Gravedad", de la Escuela Superior de Guerra "General Rafael Reyes Prieto", categorizado como A por MinCiencias y con código de registro COL0104976. Los puntos de vista pertenecen a los autores y no reflejan necesariamente los de las instituciones participantes.

Henry Cancelado Franco

Doctorando en Ciencia Política, Universidad de los Andes; magíster honoris causa en inteligencia estratégica, Escuela de Inteligencia y Contrainteligencia del Ejército Nacional de Colombia; magíster en análisis de problemas políticos, económicos e internacionales contemporáneos, y politólogo, Universidad Nacional de Colombia. Director del área académica de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad de Bogotá Jorge Tadeo Lozano.

<https://orcid.org/0000-0002-5756-0856> - Contacto: henrye.canceladof@utadeo.edu.co

Citación APA: Cancelado Franco, H. (2022). La sociedad del riesgo mundial: desde las movilizaciones sociales hasta el terrorismo global. En W. A. Sierra Gutiérrez & V. Torrijos (Eds.), *Movilización social violenta* (pp. 15-38). Sello Editorial ESDEG. <https://doi.org/10.25062/9786287602328.01>

MOVILIZACIÓN SOCIAL VIOLENTA

ISBN impreso: 978-628-7602-31-1

ISBN digital: 978-628-7602-32-8

DOI: <https://doi.org/10.25062/9786287602328>

Colección Seguridad y Defensa

Sello Editorial ESDEG

Escuela Superior de Guerra "General Rafael Reyes prieto"

Bogotá D.C., Colombia

2022



Introducción

Intentar analizar el mundo político de los últimos treinta años representa un desafío formidable por cuanto los fenómenos que se han presentado rompen con los ideales liberales establecidos mediante el sistema internacional que se creó al final de la Segunda Guerra Mundial. En uno de los puntos máximos de la sociedad industrial, ocurrido a mediados del siglo XX, se empezaron a dar fenómenos de ruptura ideológica, especialmente dentro de las sociedades más desarrolladas y ricas, las cuales en desarrollo de sus dinámicas socavaron su propio fundamento, y han abierto vías para una modernidad distinta, que ha implicado la desvinculación de las formas sociales de la sociedad industrial y posterior revinculación de otras formas flexibles y transformadoras de estructuras (Posadas, 2015). En consecuencia, se ha dado un desfase entre el proceso social y el proceso institucional, el cual siempre es más lento para incorporar los cambios estructurales, debido a la resistencia propia de los sistemas para entender los nuevos desafíos que se presentan, lo cual implica un desajuste entre el ordenamiento político y los debates sociales que se suscitan.

Según Posadas (2015), ante este fenómeno Beck “no apuesta por crear un nuevo marco normativo para este mundo en constante transformación, sino advertir sobre la necesidad de crear referentes de pensamiento abocados a explicar *lo que está sucediendo y no lo que ya no sucede*” (p. 35).

Entonces aparece la pregunta por el contexto actual de esa relación entre lo político y lo social, si se quiere entre lo institucional formal y la sociedad, entre las autoridades o gobiernos y los gobernados. Esta dicotomía presenta entonces un doble desafío, uno de índole conceptual y otro de tipo práctico. En cuanto a los conceptos, ante la dificultad de poder definir de manera certera las dimensiones señaladas (lo político y lo social), lo cual implica un vasto trabajo desde la ciencia

política y la sociología, se asumen conceptos comprensivos que permiten adentrarse en un análisis enfocado en los hechos ocurridos, sus causas y consecuencias. En cuanto al estudio de las movilizaciones sociales que se han visto en los últimos años, es mucho pertinente partir de un concepto como el de sociedad del riesgo mundial (SRM), acuñado por el sociólogo alemán Ulrich Beck, que permite ese trabajo de entendimiento del sistema contemporáneo de manera más directa, a la vez que aporta desde la sociología a los estudios de seguridad y defensa, proveyendo nuevas herramientas analíticas frente a la debacle del mundo actual, el cual parece sobrepasar las maneras tradicionales de entendimiento y enfrenta a los análisis clásicos al inminente riesgo de la obsolescencia.

Por tal motivo, el uso de la SRM permite entender por qué están ocurriendo los fenómenos globales de la forma que lo están haciendo, a la vez que desde el estudio de los casos se puede dar cuenta del cambio en la estructura del sistema internacional, marcado por la transformación de las narrativas y de la forma de entender y desarrollar el conflicto, elementos que, si bien no son nuevos, presentan novedades en este siglo, debido al proceso de globalización y a las diferentes expresiones que asume el poder.

El objetivo de este capítulo es analizar la movilización social que se da a nivel global a partir del concepto de SRM. Como objetivos específicos se tienen retomar de forma amplia el concepto de SRM del sociólogo Ulrich Beck, estudiar el riesgo en el mundo actual, y finalmente explicar la SRM en el contexto contemporáneo del sistema internacional.

A partir de una revisión del concepto central enfocado en este capítulo, se analizará el caso del terrorismo global y se referirán de manera aleatoria algunos casos de manifestaciones sociales, tratando de encontrar algunos elementos comunes que permitan entender las raíces de la actual inestabilidad a nivel de lo social. Un fenómeno social como este, con connotaciones políticas, puede analizarse desde lo político o desde lo social; en este caso, al tomar como referencia el concepto de la SRM, el énfasis estará en analizar los elementos que llevan a que el sistema internacional actual presente una situación tan inestable. Lo relevante será estudiar y tratar de entender el impacto que ahora tienen estos movimientos frente a la seguridad, pues han creado un nuevo escenario que escapa a las estructuras analíticas tradicionales de la ciencia política, las relaciones internacionales, e incluso los estudios en seguridad y defensa.

Analizando el “metajuego” de la política mundial

Para estudiar este fenómeno de las movilizaciones sociales, y lograr entenderlo de una manera más amplia y certera, es importante cambiar los esquemas de análisis. Si bien al acercarse a un problema global como este algunas teorías compartidas a nivel internacional pueden permitir algún grado de entendimiento de los movimientos a partir de fenómenos del sistema internacional que desafían la seguridad en su sentido clásico; como también es posible entenderlo a partir de los esquemas conceptuales clásicos de la seguridad y la defensa, la evolución de las guerras y los alcances conceptuales de Hammes (2004), las nuevas guerras como las de quinta generación, las híbridas o incluso las *proxy* cierran el fenómeno a una lógica de confrontación que no permite entender las variables que escapan a la confrontación violenta. De manera que la respuesta de los Estados es de corte tradicional, basada en el despliegue de sus capacidades de forma usual, y no logran una atención integral, simplemente generan un enfrentamiento que crea nuevas resistencias; y lo peor es que abre paso al cuestionamiento por parte de la opinión pública de las capacidades y acciones del Estado, abre paso a su deslegitimación.

Las dinámicas de la sociedad actual, en que se incluyen las del Estado como parte y proyección de la organización de la sociedad para su funcionamiento, parten de ciertas lógicas marcadas por las dinámicas de la política, la economía, el poder y la seguridad. La interacción de estas variables genera una sociedad específica con unas lógicas de poder particulares que se ven proyectadas en la organización del Estado, y a su vez establece esquemas normativos, económicos y hasta morales para los individuos que la componen.

En este punto entra Beck con su entendimiento de los procesos que establece la sociedad industrial, a partir de su desarrollo y logros en la creación de bienestar. Tras lograr un punto máximo de bienestar se da una ruptura en la modernidad que crea un espacio complejo que no se puede leer bajo las mismas categorías (Posadas, 2015).

De esa manera, la sociedad queda atrapada entre las categorías políticas y sociales de la modernidad, como identidad nacional, individuo, Estado, y algunas posmodernas como liquidez, agrupación y reivindicación, lo que descentra los análisis y las respuestas desde las políticas públicas y las posiciones gubernamentales, ya que se rigen por categorías, esquemas y capacidades desarrolladas para riesgos y amenazas clásicos.

El mundo actualmente se organiza con esquemas modernos de entendimiento y práctica de las relaciones internacionales, es decir, con categorías para un mundo enmarcado por las repúblicas liberales occidentales que establecieron las instituciones centrales y básicas del sistema internacional actual, desde los Estados hasta las organizaciones internacionales, producto de la victoria aliada en 1945. A lo largo del siglo XX y comienzos del siglo XXI, todo el sistema internacional y sus actores buscaron desarrollar un proceso de adaptación a los esquemas liberales que se entronizaron a partir de las instituciones y las potencias globales; sin embargo, el sistema en general no logró cubrir las demandas globales ni reducir los riesgos globales que se convirtieron, con el paso de las décadas, en amenazas que crean las rupturas suficientes para generar la sensación de crisis generalizada, de crisis global.

Inicialmente, se puede pensar en una serie de actores con ciertas reivindicaciones y luchas, algunas con bases ideológicas o religiosas, otras simplemente reaccionarias y violentas. Para Beck (2004) la política con que se intentó homogenizar el sistema, crear un esquema planetario único, obligaba a participar de una gran estrategia con la que todos los países, o al menos las más importantes potencias, se alinearan para desarrollar una política de dominio mundial. En trabajo posterior, Beck (2008) propone la idea del “metajuego de la política mundial”, como la nueva forma de entender los movimientos y estrategias de los actores internacionales, superando el esquema de Nye (2010) del triple tablero internacional. “Metajuego significa: la antigua política mundial, que aplica reglas, y la nueva política mundial, que las cambia, están entreveradas, son —por lo que respecta a actores, estrategias y alianzas— absolutamente separables” (Beck, 2004, p. 24). Con esta definición, Beck supera las dinámicas clásicas del sistema internacional, y las formas tradicionales de estudiar la geopolítica y la estrategia de los actores, dejando el espacio abierto para entender otras lógicas dentro del ejercicio del poder mundial.

Comprender que a la media luz de la moribunda época nacional y la naciente época cosmopolita la actuación política obedece a dos guiones completamente diferentes pero al mismo tiempo entretejidos, que en la escena mundial, pues, y según la perspectiva que se adopte, dos elencos de actores diferentes protagonizan obras distintas que al entretejerse provocan un sinfín de paradojas en el drama político [...], comprender todo esto, por mucha que sea la precisión con que pueda demostrarse, provoca confusión en las mentes y en la realidad. (Beck, 2004, p. 24)

En consecuencia, el metajuego resulta ser una maraña de categorías, guiones, actores, o la escritura constante y repetitiva de la política mundial. Dentro de su esquema, Beck (2004) entiende que la vieja política mundial se divide en instituciones y organizaciones. Las instituciones se pueden definir como las “reglas de base y de fondo vigentes para el ejercicio del poder y el dominio” (p. 25). En este sentido, el juego del poder del Estado tiene como instituciones la soberanía territorial, el reconocimiento internacional, la diplomacia, o el monopolio de los medios para ejercer la violencia. Mientras que las organizaciones se refieren a actores específicos, con recursos y entidad espacial. “Enumero tres organizaciones del metajuego: Estados, actores de la economía mundial y actores de la sociedad civil global” (Beck, 2008, p. 25).

Dentro del metajuego el antiguo orden institucional conformado por lo nacional y lo internacional está siempre en juego. Si bien nunca en la historia una realidad ha sido estática, también es cierto que actualmente lo que se consideraba como imperecedero —a resultado de la superación de las guerras y el establecimiento de un orden que creaba canales de diálogo para superar el conflicto, gestionar los riesgos y contener las amenazas— está quedándose sin piso histórico, social e institucional.

Con la globalización aparece un nuevo juego en el que se superan las reglas y conceptos del antiguo juego, especialmente por la transnacionalización de los espacios sociales y la internacionalización de los espacios políticos, pero también por la politización de tales espacios sociales. Estos “espacios sociales transnacionales suprimen la vinculación de la sociedad a un lugar concreto” (Beck, 2019, p. 51). Aparece entonces esa globalización que Beck entiende como un “proceso lleno de contradicciones, tanto en lo que respecta a sus contenidos como a la multiplicidad de sus consecuencias” (Beck, 2019, p. 56).

Lo más importante de este proceso de globalización es que genera una sociedad civil transnacional que va a traer consigo una visión cosmopolita de los asuntos mundiales. En el juego de la política mundial, el viejo juego, o lo que Beck (2019) llama también una primera modernidad, la sociedad y el Estado “son pensados y vividos de manera coincidente” (p. 99). Es decir, hay una fijación político-estatal y un dominio del espacio, la soberanía, variables articuladas por el ejercicio del derecho y de la legítima violencia. Esta arquitectura se ve cuestionada a partir del proceso de globalización, de la aparición de una sociedad mundial, con la cual aparecen diferentes espacios y modos de ejercicio del poder, con diferentes actores y procesos que cuestionan y buscan destruir lo establecido (Beck, 2019).

La política se *deslimita* y *desestataliza*, dando paso a espacios internacionales de debate político, pero también a espacios transnacionales de acción social. Aparecen nuevos jugadores, nuevos recursos, reglas desconocidas, contradicciones y conflictos nuevos (Beck, 2004). Estas “novedades” hacen que no solamente las entidades como el Estado sufran las agresiones y las amenazas, sino que crean que pueden responder de la misma manera, a nivel institucional, jurídico y político, que han respondido a lo largo de su historia; o peor aún, se convencen o se dejan convencer de que no tienen manera de responder a la realidad actual, lo que genera la sensación de crisis global que aparece en el mundo contemporáneo.

A su vez, es común que las sociedades democráticas tengan una fallida relación con el futuro, básicamente porque “todo el sistema político y la cultura en general están volcados sobre el presente inmediato y porque nuestra relación con el futuro colectivo [...] es de precaución e improvisación” (Innerarity, 2009, p. 12). La era en que se logró entender el futuro a partir de las dinámicas y lógicas propias de la investigación científica, la innovación, la organización política y jurídica, así como las organizaciones burocráticas regladas y funcionales, da paso a una era de incertidumbre en todas las instituciones, organizaciones y entidades que ayudaron a formar el mundo actual. El cambio acelerado causa la ilegibilidad del presente y la imposibilidad de la proyección del futuro. De tal manera que

nuestro actual desafío no es otro que estructurar nuevamente el tiempo en la era de la globalización. La tarea principal de la política democrática es la de establecer la mediación entre la herencia del pasado, las prioridades del presente y los desafíos del futuro. (Innerarity, 2009, pp. 13-14)

En esta misma línea, dentro del metajuego de la política mundial, “las sociedades actuales tienen que llevar a cabo un trabajo con el tiempo [...] si quieren asegurar su supervivencia y bienestar. Están obligadas a incluir cada vez más el futuro en sus cálculos” (Innerarity, 2009, p. 14).

La globalización, como proceso que irrumpe en la historia de manera paulatina pero definitiva, y su cuestionamiento al entramado político y social establecido a lo largo del siglo XX es la principal característica de este cambio y la base de la aparición del metajuego de la política mundial. Tal cambio en el juego mundial está marcado por la aparición de actores sociales y políticos con nuevas agendas y nuevas capacidades, que no necesariamente estaban en el escenario mundial.

La sociedad del riesgo mundial y los movimientos sociales

Si bien Beck establece este concepto a partir del cambio en la forma de entender la sociedad mundial, y considera que la sociedad del riesgo es consecuencia de la velocidad y la radicalidad de los temas que se filtran en la agenda internacional, “el riesgo adquiere un nuevo carácter porque parte de las condiciones de su cálculo y procesamiento institucional fallan” (Beck, 2008, p. 23). Ahora bien, la SRM depende de los riesgos que se pueden considerar globales. Partiendo del supuesto de se opera un cambio en la pertenencia y la identidad —“somos miembros de una comunidad de peligro mundial. Los peligros ya no son una cuestión interna de cada país, ni un país puede combatirlos solo” (Beck, 2008, p. 26)—, se asume que el miedo condiciona la vida.

Los principales actores son las nuevas potencias que buscan afianzar su lugar en el sistema internacional, no solamente en el ámbito institucional, sino en cuanto a su poder político e influencia global, medidos por sus alianzas, inversiones y estrategias geoeconómicas y geopolíticas. A renglón seguido, están otros Estados sin capacidad global de potencia que luchan aún por consolidar su gobernabilidad interna, y a la vez que quieren controlar su territorio se enfrentan a una agenda global gaseosa y confusa. En un tercer nivel se puede encontrar a las nuevas organizaciones del metajuego, la sociedad con una gran cantidad de movimientos, causas, posturas ideológicas, recursos financieros, entre otras características dispersas, y que no necesariamente permiten una establecer una relación de causalidad. Es decir, estas organizaciones sociales no siempre se relacionan más allá que por su interés por presionar el viejo juego mundial.

En términos generales, esta sociedad tiene una serie de características generales que, al cruzarlas con cada uno de estos actores señalados conforman un escenario volátil, incierto, complejo y ambiguo; el escenario en el que vive el mundo actualmente. En esta sociedad del riesgo, los daños sistemáticos son por lo general irreversibles, y es totalmente evidente el cambio estructural de los poderes en el sistema internacional. El 24 de febrero de 2022, cuando Rusia inició la invasión a Ucrania, generó una confusión analítica profunda en los aspectos ideológico y geopolítico, en el sentido en que rompió las categorías de izquierda y derecha. ¿Quiénes son la izquierda y la derecha en esta guerra? ¿Es posible dicha distinción? ¿Cuáles serán los bloques de poder en el sistema internacional a futuro? ¿Será el fin del corto dominio histórico de Occidente? En fin, las preguntas son varias y

retan a la búsqueda de nuevos esquemas analíticos por los académicos, a la vez que para asesores y decisores políticos implican pensar la forma de enfrentar este cambio.

De igual manera, en la SRM el incremento de los riesgos sigue el sendero de la desigualdad social. En efecto, esto ha sido parte del discurso asumido por una gran cantidad de movimientos sociales, y así logran superar la capacidad de respuesta de las instituciones, a la vez que en muchas ocasiones terminan siendo manipulados por posturas políticas que buscan presionar el establecimiento. También se puede afirmar que hay un vacío político e institucional que hace que los movimientos sociales se conviertan en la nueva legitimación. Desde todos los sectores sociales y políticos se lucha por un proceso de inclusión y respeto por las libertades e identidades, incluyendo las posturas religiosas. No solamente están las viejas reivindicaciones de movimientos subversivos de la Guerra Fría, sino también las actuales luchas de una "nueva derecha" (las comillas se deben a que más que de derecha parecen posturas liberales remasterizadas) que busca protegerse y reivindicar sus libertades. De igual manera, diferentes movilizaciones, algunas más grandes que otras, reclaman en África o Asia respeto y libertad para los cristianos, o para los musulmanes y judíos en Occidente.

También se tiene que los ciudadanos se están desencantados de las relaciones que les daban significado, ante la ruptura de los procesos identitarios por la entronización de una macroidentidad global basada en los valores del globalismo (consumismo, hiperproductividad, especulación financiera), en detrimento de las dinámicas locales y nacionales que había construido el Estado nacional a lo largo de doscientos años. En las nuevas sociedades, debido a la exagerada construcción de la identidad individual liberal, tan opuesta a la lógica de la identidad nacional que ha intentado construir el Estado, aparece un proceso de *individualización* a través de una desvinculación de las formas tradicionales y una vinculación a otro tipo de sociedad con estructuras axiológicas y políticas diferentes.

Terrorismo y otras amenazas

Los hechos del 11 de septiembre en Nueva York, acompañados posteriormente por una serie de ataques terroristas perpetrados por varios grupos en diferentes partes del mundo, desde Nueva Zelanda hasta Londres, pusieron el tema del terror y la violencia religiosa en el escenario académico del siglo XXI. Para algunas disciplinas como la ciencia política o las relaciones internacionales, el problema se basa en conceptos como la legitimidad o la seguridad, a partir del estudio del terrorismo

en cuanto a sus estructuras, funcionamiento y motivaciones políticas. El estudio del terrorismo desde otros espacios ha sido un terreno que se ha venido ampliando con diferentes trabajos y perspectivas en los últimos años, sobre todo analizando el terror y tratando de revisar el discurso que trae intrínseco.

El terrorismo puede considerarse como un fenómeno reciente, que parece combinar diferentes elementos que lo hacen tan particular. Se presenta como una forma mediática de terror, con alcance global inmediato:

[...] el terrorismo global como el que enfrentamos hoy día plantea nuevas exigencias a los discursos político, jurídico y filosófico. Hay varias cuestiones que no quedan del todo claras, por ejemplo, si el terrorismo global involucra un nuevo modo de acción; cómo ha de distinguirse del crimen o de la "situación de guerra normal"; si el terror es sólo de grupos o individuos sectarios o si también los Estados practican el terror. (Brand, 2005, p. 154)

La caracterización de este fenómeno como algo novedoso que irrumpe en la escena global resulta complejo en cuanto que es una forma más de violencia; sin embargo, tiene características diferenciadas respecto a otras formas de violencia. El terrorismo, como fenómeno que busca imponer terror a partir de unas prácticas específicas, parece separarse de la situación de guerra normal en tanto que carece de un contenido político claro. Para Habermas, no existe un objetivo político realista del terrorismo global, lo que nos lleva a la pregunta: ¿qué tipo de violencia es? Puesto que, si es una actividad criminal normal, ¿por qué tiene el alcance global y la espectacularidad que lo diferencia de otras formas y acciones criminales comunes y cotidianas? Claramente, tampoco hace parte de la violenta desigualdad social o de la discriminación. En este sentido, si el terrorismo parece alejarse de una lucha política reivindicativa, nacionalista, queda asimilado a una reacción frente a la crisis de los Gobiernos democráticos occidentales y la modernidad, y se expresa como una "patología comunicativa que se alimenta de su propio impulso destructivo" (Borradori, 2003, p. 105).

Si hay una crisis de la modernidad en Occidente eventualmente esta puede ser una de las explicaciones, no la única, que existe para entender la fuerza de un fenómeno como el que aparece bajo el discurso y las acciones del terrorismo global, que transforma el sistema internacional y sus instituciones, no necesariamente para llevarlo a un pasado religioso dogmático como ya se vivió, pero con toda la posibilidad de generar un futuro incierto basado en algunas fórmulas repetidas de la historia, y también con otras nuevas propuestas a la modernidad occidental como se

entiende actualmente; aunque con bajas posibilidades de ser reconocido “retrospectivamente como algo que tenía pretensiones políticas” (Borradori, 2003, p. 94).

El contexto internacional

El atentado del 11S irrumpió en la escena mundial como un fenómeno inmediato que fue percibido a nivel global. Desde ese momento, se desataron una serie de atentados focalizados especialmente en países europeos: Inglaterra, Francia, España, Bélgica e Italia, los cuales consolidaron la idea de estar en una guerra contra un fenómeno global, el terrorismo islámico. En consecuencia, Estados Unidos se lanzó en una cruzada casi unilateral para emprender su propia guerra en un afán de venganza, ignorando las posibilidades globales de la acción multilateral. Es decir, desde 2001 inició la guerra contra el terrorismo global, en principio acompañado casi de manera exclusiva por el Reino Unido y España, en una coalición que desató más acciones terroristas que las que evitó. En el discurso posterior a los atentados en Estados Unidos, el presidente Bush se dirigía a toda la nación, aunque el discurso parecía estar dirigido a todo el planeta:

Esta noche, somos un país atento al peligro y llamado a defender la libertad. Nuestro dolor se ha convertido en ira y la ira en resolución. Ya sea que llevemos a nuestros enemigos ante la justicia o que hagamos justicia a nuestros enemigos, se hará justicia.

[...]

Estados Unidos nunca olvidará los sonidos de nuestro himno nacional tocando en el Palacio de Buckingham, en las calles de París y en la Puerta de Brandemburgo de Berlín.

No olvidaremos a los niños surcoreanos que se reúnen para rezar fuera de nuestra embajada en Seúl, o las oraciones de simpatía ofrecidas en una mezquita en El Cairo.

No olvidaremos momentos de silencio y días de duelo en Australia, África y América Latina.

Tampoco olvidaremos a los ciudadanos de otras 80 naciones que murieron con los nuestros. Decenas de pakistaníes, más de 130 israelíes, más de 250 ciudadanos de la India, hombres y mujeres de El Salvador, Irán, México y Japón, y cientos de ciudadanos británicos.

Estados Unidos no tiene un amigo más verdadero que Gran Bretaña. (Bush, 2001, párrs. 7-16, traducción propia)

De esa manera, el país norteamericano entendía que esto era un desafío a todo el orden internacional, con él a la cabeza; los demás países eran víctimas, aliados y compañeros de lucha. En consecuencia, se desarrolló la Operación Libertad Duradera (Enduring Freedom [OEF]), la cual se compuso de una serie de operaciones paralelas que implicaron diferentes despliegues a nivel global, bajo el marco de la guerra contra el terrorismo:

- En Afganistán (OEF-A).
- En Filipinas (OEF-P) (previamente Operación Freedom Eagle [Operación Águila Libertaria]).
- En el Cuerno de África (OEF-HOA).
- En el valle de Pankisi (en Georgia, terminada en el año 2004 y sucedida por entrenamiento en el Cáucaso).
- En el Sahara y el Sahel (OEF-TS).
- En el Caribe y América Central (OEF-CCA).

Por lo tanto, se puede observar que el aparato bélico de los Estados Unidos tuvo 20 años de ininterrumpida acción militar en contra de lo que ellos denominan terrorismo global, obviamente enfocada en todo lo que tiene que ver con grupos islamistas; sin embargo, se había ampliado a filiales que estos pudieran tener, como las insurgencias en el Magreb o regímenes que sospechaban aliados de terroristas, como Venezuela.

Posteriormente, el sistema internacional enfocó sus esfuerzos en la contención de esa forma de violencia que estaba afectando especialmente a Occidente. El concierto en pleno de los países miembros de la Organización de Naciones Unidas (ONU) generó medidas al respecto.

En la resolución de la Asamblea General correspondiente al primer examen de la Estrategia Global contra el Terrorismo (Resolución 62/272 de 2008), los Estados miembros reafirmaron la necesidad de intensificar la cooperación internacional en la lucha contra el terrorismo; a este respecto, recordaron la función desempeñada por el sistema de las Naciones Unidas en la promoción de la cooperación internacional y la creación de capacidad como uno de los elementos de la Estrategia. En la resolución correspondiente al segundo examen (Resolución 64/297), los Estados miembros reafirmaron una vez más "la necesidad de intensificar el diálogo entre los funcionarios de los Estados miembros que se ocupan de la lucha contra el terrorismo a fin de promover la cooperación internacional, regional y subregional",

y volvieron a referirse a la función desempeñada por el sistema de las Naciones Unidas, en particular el Equipo Especial, en la promoción de la cooperación internacional y la creación de capacidad como elementos de la Estrategia. Posteriormente, el Simposio del Secretario General sobre la Cooperación Internacional en la Lucha contra el Terrorismo procuró destacar la importancia de estas resoluciones y dar un nuevo impulso que permitiera intensificar la cooperación internacional entre los Estados frente a todo el espectro de cuestiones de la lucha contra el terrorismo, como figura en la Estrategia Global (Equipo Especial sobre la Ejecución de la Lucha contra el Terrorismo, 2011).

Sin embargo, esta intención de desarrollar una estrategia conjunta y multilateral, basada en la cooperación articulada a partir de la ONU, llegó demasiado tarde, ya que el esfuerzo militar, económico y diplomático de los Estados Unidos había logrado que su venganza particular se convirtiera en el núcleo de cualquier acción contra el terrorismo global. Toda acción para contener esta amenaza debería estar alineada con los intereses de los norteamericanos.

Este escenario global de los últimos 20 años, ha logrado generar todo tipo de reacciones y análisis en torno a la guerra global contra el terrorismo. A partir de los ataques del 11S, se volvió más complejo entender el terrorismo en la forma que adquirió en ese momento en Nueva York: ¿Qué había cambiado frente a otras formas de violencia? ¿Qué hacía tan particular este fenómeno? ¿Cómo cambiaron las formas institucionales globales a partir de este ataque?

El diálogo que se suscitó giró en torno al terrorismo y el terror, y la ocurrencia de los hechos en el núcleo de Occidente dejó todo el horizonte abierto en cuanto a lo que en 2001 se podía entender como terrorismo y sobre qué sería lo novedoso del terror que fuera diferente a los campos de concentración en la Segunda Guerra Mundial, a la masacre de los armenios en 1915, o a cualquier suceso histórico similar. Hoy en día, y luego de numerosos ataques de diferente índole, de una guerra declarada al terrorismo, de la desarticulación de algunas estructuras, de la eliminación de algunas figuras relevantes y de la aparición de otras nuevas, el terror sigue latente en el sistema internacional y se sigue nombrando en los discursos diplomáticos y militares. El terrorismo sigue siendo el objetivo de políticas públicas nacionales, y de esfuerzos cooperativos internacionales; aunque en los últimos años comparte palestra con la lucha que tiene Occidente en Europa Oriental por defenderse de la agresión rusa y por tratar de contener las consecuencias globales de cualquier acción relacionada. Por supuesto, el derecho internacional sigue buscando las formas jurídicas para enfrentarlo de manera eficiente.

En 2003, Giovanna Borradori presentó un diálogo con Jürgen Habermas y Jacques Derrida, en el cual se intentaba desarrollar una aproximación al fenómeno del 11S, sus causas y consecuencias, pero señalaban que el “terrorismo” es un concepto difícil de precisar. Para Habermas (como se citó en Borradori, 2003), “expone a la arena política global a peligros inminentes y a desafíos futuros. No es claro, por ejemplo, sobre qué bases puede reclamar el terrorismo un contenido político y separarse de este modo de la actividad criminal ordinaria” (p. 15).

La ortodoxia del terrorismo y de las causas sociales

El ataque del 11S puede considerarse como el primer acontecimiento histórico mundial, caracterizado por el alcance del impacto a nivel planetario y su inmediatez, en el sentido de que el público global se convirtió en “testigo ocular”. Suele existir una distancia entre el hecho y la representación, es decir, entre las perspectivas y percepciones de los protagonistas del hecho y de quienes los perciben de manera indirecta. Los actores, protagonistas, coprotagonistas y antagonistas se exponen siempre en un hecho de terror como el 11S a un caos existencial y sensorial, al caos propio que trae consigo el suceso terrorista y las acciones conexas derivadas en una serie de eventos que buscan paliar los efectos del acto terrorista.

Lo relevante de la percepción de este hecho, frente a otros eventos históricos, fue su inmediatez, la representación de la realidad que se tuvo a través de los medios de comunicación. Un ataque de esas proporciones transmitido en vivo y en directo tiene la característica de acontecimiento histórico mundial, precisamente porque ocurre frente a la opinión pública mundial, y de esta manera los espectadores se convierten en testigos oculares globales, sin la posibilidad de la manipulación discursiva o de imágenes propias de las guerras. Si bien el atentado del 11S tiene una dimensión comunicativa, desde la historia debe estudiarse si este evento es comparable a otros eventos de impacto mundial. Por ejemplo, si estos atentados pueden ser comparados con el de agosto de 1914, en el sentido de que con la Primera Guerra Mundial se marcó el comienzo de una era caracterizada por la inestabilidad en cuanto a las relaciones internacionales.

La exigencia de apoyo que hizo Estados Unidos a todo el mundo para enfrentar a un enemigo de este tipo es uno de los rasgos característicos de la era del 11S, así como la necesidad de una conversión del derecho internacional clásico en uno de orden cosmopolita basado en la noción de “patriotismo constitucional”, es decir, una nueva forma de entender la geopolítica de comienzos del siglo XXI. Sin embargo, llegar plenamente al cosmopolitismo es un tema práctico que implica el

respeto de las decisiones de la comunidad internacional, es decir, reforzar la autoridad legítima, derivada de los acuerdos posteriores a la Segunda Guerra Mundial, pero con una evidente exposición frente a los hechos que ocurren en el sistema internacional. En consecuencia, los Estados continúan actuando detrás de sus propios intereses con una gran capacidad militar.

Aparece entonces lo que se puede considerar un diferencial de poder entre las autoridades de un Estado y las instituciones internacionales que debilita cualquier acción policiva y abre el camino a que toda acción internacional inevitablemente se vea como un acto de guerra. El problema en la declaración de la guerra contra el terrorismo por parte de Estados Unidos es que les abre la posibilidad a las pretensiones políticas del terrorismo, cae en el juego que este busca crear; además de que el sistema internacional cae de nuevo en el juego amigo-enemigo, marcando el regreso a la idea de derecho internacional de Carl Schmitt, pero sin el contexto ni los apoyos.

A partir del 11S se cuestiona la posibilidad de una transformación real de las instituciones internacionales como el derecho, debido a la incapacidad de los Estados, en este caso los europeos, de ir más allá del escenario nacional para lograr que el derecho clásico internacional logre un alcance cosmopolita, mientras que los Estados Unidos continuó con una actitud política y militar de superpotencia que busca los consensos para legitimar sus acciones, pero que prefiere actuar de manera unilateral. Es decir que el 11S cuestiona abiertamente la viabilidad del Estado liberal cooperativo y abierto a las posibilidades de la realidad que se le presenta.

A partir de la situación subyacente, no se encuentra explicación a la nueva significación del terrorismo, ya que el enemigo señalado, Bin Laden, parece convertirse más en un representante de algo aún inaprehensible, con una estructura muy diferente a las formas de violencia conocidas, como las de los partisanos, las guerrillas o los ejércitos nacionales. Más bien lo inaprehensible se convierte en esa nueva característica que obliga a la conceptualización de un fenómeno que siendo criminal en su comienzo, frente a la eventualidad de su triunfo, se convierte en un fenómeno político, cargado de un sentido nacionalista. "Los guerreros santos de hoy [...] fueron los nacionalistas de ayer" (Borradori, 2003, p. 93). Pero esta resignificación solamente es posible si el terrorismo demuestra objetivos políticos realistas, y se separa de la actividad criminal ordinaria: "[...] vincular el alcance del terrorismo al cumplimiento de sus metas ofrece la posibilidad de distinguir entre

al menos tres diferentes tipos de terrorismo: guerra de guerrillas no discriminativa, guerra de guerrillas paramilitar y terrorismo global” (Borradori, 2003, p. 94).

El terrorismo global, en esta distinción, no parece tener objetivos políticos distintos a explotar la vulnerabilidad de sistemas complejos. Mientras que las otras dos formas están asociadas a movimientos de liberación nacional y comparten un estilo partisano, y eventualmente se legitiman con la conformación de un Estado; el terrorismo global pareciera tener muy pocas oportunidades de que se le reconozcan pretensiones políticas en retrospectiva. El carácter intangible y desterritorializado, junto con su gran capacidad destructiva, son elementos novedosos del terrorismo global. En este sentido, fuerza a generar una respuesta que puede parecer exagerada y logra su cometido político de deslegitimar la autoridad del Estado. Esta es la paradoja del terrorismo en su accionar violento: no tiene objetivos políticos realistas, pero logra tener éxito en el hecho netamente político de deslegitimación de su enemigo.

Si el terrorismo global no tiene un objetivo político realista, entonces se lo puede entender como una actividad criminal común, es decir, una violencia sin ley. Entonces se hace necesario cuestionar esa violencia. La violencia existe en toda sociedad, como violencia estructural y habitual cuyos discursos parten de las reivindicaciones políticas, religiosas, la desigualdad social y la discriminación, la marginalización y el empobrecimiento. Es decir, se encuentran múltiples asideros para generar acciones violentas. En esta misma línea, se puede entender el terrorismo como una patología comunicativa que comienza con una espiral de comunicación perturbada, la cual conduce a una interrupción de la comunicación, producto de la desconfianza mutua, que no puede ser contenida por los canales establecidos en las democracias liberales occidentales; es la superación del derecho como se conoce. A partir de las rupturas económicas y sociales, que llevan al quiebre de la justicia distributiva ocasionada por la globalización, se hace necesario reconstruir los canales de comunicación que reestablezcan la posibilidad de diálogo que se rompe en el sistema internacional estratificado.

Queda un elemento aún para entender esta “reconstrucción” del terrorismo, el fundamentalismo religioso, central en la lectura del terrorismo global. El fundamentalismo es consecuencia del desarraigo de las formas tradicionales de vida que produce la cultura occidental, mediante una homogenización de las culturas que enajena a los miembros individuales de las comunidades destruyendo la identidad espiritual y moral.

Precisamente en esta oposición a la modernidad y la modernización, se considera el fundamentalismo como un fenómeno particularmente premoderno, pensado especialmente desde el núcleo dogmático de creencia, en el cual toda religión necesita autoridad constituida de manera consistente que discrimine las interpretaciones ortodoxas de las no ortodoxas. Una ortodoxia se convierte en fundamentalista cuando los guardianes y representantes de la verdadera fe ignoran la situación epistémica de una sociedad pluralista desde el punto de vista de las concepciones del mundo, y se empeña en la imposición política y en la obediencia general de su doctrina, con tal de que sea visible, de que sea tenida en cuenta. La modernidad le exige a la religión que acepte en el aspecto cognitivo su ubicación en una sociedad plural, a la vez que la excluye del manejo político de la esfera pública.

De tal manera que el fundamentalismo consiste en el rechazo de esta cantidad de desafíos; es el retorno a la exclusividad del punto de vista premoderno de la fe. El fundamentalismo no tiene tanto que ver con algún texto o dogma, sino más bien con el rechazo a las relaciones vitales en las sociedades pluralistas, las cuales solamente son compatibles con un universalismo estricto en el que se respeta a todos por igual, sin importar el credo religioso específico o incluso si no se tiene un credo o fe, porque se aplica a la manera a como cada religión se relaciona con las otras y con su propia fe.

Este fundamentalismo es lo que permite que existan movimientos altamente violentos que asumen como justa su propia causa, tensando mucho más la situación actual de los Estados. Los elementos que explican el fundamentalismo del terrorismo religioso explican los elementos de la violencia de las protestas, solo que del ámbito religioso se desplazan a causas laicales.

La violencia como evento central

Para Derrida, la deconstrucción de la noción de terrorismo es el "único curso de acción políticamente responsable, pues el uso público que se hace de esta noción contribuye de manera perversa a la causa terrorista" (como se cita en Borradori, 2003, p. 16). Este diálogo gira en torno del término mismo "terrorismo", sus posibilidades o vacíos políticos. La deconstrucción busca desmontar y desmantelar todo discurso entendido como una construcción; se deconstruye la forma como estos se sostienen mutuamente en un esquema dado.

Así, se vuelve importante "distinguir entre el hecho supuestamente bruto, la impresión y la interpretación" (Borradori, 2003, p. 135). Es necesaria la separación

del hecho de todo el sistema de información en torno a él, con el fin de preguntarse si realmente estamos frente a un *major event* de la historia mundial, diferente a otros muchos eventos ya ocurridos, por ejemplo en la Segunda Guerra Mundial. Las preguntas deben girar en torno a la creencia de si el evento es fundamental, si es un evento digno de ser un *major event*, si tiene mayor calidad de acontecimiento que otro.

¿Qué características tiene para ser considerado más acontecimiento que otros? Tiene algunas similitudes con otro tipo de ataques como el de Oklahoma contra el FBI, o el anterior y fallido contra las mismas Torres Gemelas, ¿qué es lo que sorprende de este hecho en particular? La maquinaria política y mediática o histórica hace que este hecho se lea de una manera particular. Derrida aborda el tema del terror en cuanto estado metafísico y psicológico, mientras que al terrorismo lo aborda en cuanto categoría política (Borradori, 2003).

El desencanto de Occidente: el terrorismo y las protestas contra la globalización

Desde este diálogo inicial, pasamos a los análisis posteriores que se enfocaron en el terrorismo en su trasegar, por no decir evolución, ya que no se sabe si realmente evoluciona o se transforma sobre intereses políticos o económicos. Sin embargo, se llega a considerar el terrorismo contemporáneo como un resultado propio de la modernidad y con alcances globales. Para Sauquillo (2012), el terrorismo

siempre es tanto más efectivo cuanto más crea la sensación generalizada de vulnerabilidad en la sociedad y más deslegitima al Estado, tanto más débil cuanto menos capaz es de asegurar la vida y la seguridad de sus ciudadanos. Si atendemos a su estrategia, no cabe duda de que responde a una racionalidad instrumental inapelable: eficaz por sus fines propiciadores del mayor caos y destrucción posibles. (p. 127)

El ataque del 11S no es una proyección hacia el pasado medieval religioso, ni tampoco expresa una lucha tribal de una comunidad premoderna frente una sociedad moderna y desarrollada; por el contrario, este ataque implica una visión de un futuro que radicaliza y divide, a partir de los medios de comunicación, a la opinión pública global; así como también logra gran beneficio económico cuando se aprovecha del proceso de globalización para traficar y contrabandear, y así sustentar sus actividades terroristas. Combina una estrategia política localizada con alcances globales, a la vez que se aprovecha de una economía planetaria.

Las raíces de Al Qaeda tienen que ver con un subjetivismo moderno que se opone a la razón. Al Qaeda entronca con la crítica moderna de los universales ilustrados: de una parte, es adversaria del universalismo ejemplar de Estados Unidos como potencia política; de otra parte, no deja de representar un apostolado mundial al pretender extender su dominio político en la Tierra. Sus células planetarias son la quintaesencia de una modernidad que irradia un poder tan subjetivo, y con tanto afán de poder, como universal (Sauquillo, 2012).

La interpretación instrumental de la religión islámica le da a cualquiera de estos grupos radicales una proyección universal que impacta a las masas que sienten profundo descontento frente a las propuestas del Occidente desarrollado. Esta modernidad, que para Sauquillo es instrumental y subjetiva, se posiciona como un metarrelato que cuestiona propiamente los valores fundacionales de Occidente, como la respuesta que representó frente a la sociedad medieval.

Está claro que el mundo no está ya en la época de la modernidad triunfante que disciplinó el futuro por medio de una investigación metódica de la naturaleza, la innovación tecnológica, la codificación del derecho y las instituciones burocráticamente organizadas. Los procedimientos para moldear el futuro que diseñaron las sociedades modernas aparecen actualmente inservibles (Innerarity, 2009).

Para Daniel Innerarity (2009), la tiranía del corto plazo deja relegada la posibilidad de futuro: la "concepción instantaneísta de la democracia que se manifiesta en el hecho de que las decisiones políticas estén atrapadas por los plazos electorales [...], la lógica de lo urgente desestructura nuestra relación con el tiempo, subordinado siempre al momento presente" (p. 14). La crisis señalada en el Occidente moderno genera una crisis global que deja sin sentido la realización personal a partir de las propuestas de ese Occidente democrático, desarrollado, laical y racional.

La crisis política "no es otra cosa que una crisis de la apoteosis moderna de las seguridades ideológicas, cuyo antiguo garante hoy es más contingente que nunca" (Innerarity, 2009, p. 154). Lo que Innerarity (2009) llama la "horizontalización" de la política la deja en un escenario sin sublimidad, en el que no hay nada protegido de la crítica; lo que es claramente diferente a los postulados con los que intenta Luis Villoro (2007) definir la ideología. Innerarity (2009) señala el papel de la religión como un legitimador que la política no logra sustituir. La ruptura se da porque grandes sectores sociales todavía buscan un escenario heroico basado en discursos ideológicos que pretenden integrar la sociedad a partir de "creencias compartidas por un grupo social" (Villoro, 2007, p. 27), las cuales:

1. No están suficientemente justificadas; es decir, el conjunto de enunciados que las expresan no se funda en razones objetivamente suficientes.
2. Cumplen la función social de promover el poder político de ese grupo.

Pareciera entonces que el terrorismo y otros tipos de violencia actuales encuentran asidero en la aversión a una excesiva “cientificidad”, secularismo, desarrollismo y legalismo, que deja al espacio de la política desprovisto de una capacidad integradora como consecuencia de que la supeditación al racionalismo y la “horizontalidad” del debate político, la inclusión de todas las posturas y el respeto máximo hacia ellas muchas veces parece destruir la riqueza del debate político y deja este espacio reservado para los “políticamente correctos”. Este respeto parece más bien una posición cómoda, útil para poder sobrellevar el debate político en tiempos altamente mediáticos dentro de sistemas políticos limitados por los tiempos electorales, el cual no logra los consensos necesarios para superar las distinciones ideológicas y sistémicas, debido a la aparición de “sociedades poli-contextuales que no se articulan de manera centralista o jerárquica” (Innerarity, 2009, p. 159). La legitimación ha sido sustituida por el desarrollo de procedimientos, mientras que la pluralidad de posiciones y cuestionamientos mediáticos que aparecen en redes referidos a lo inmediato obligan a una respuesta desde la política que siempre parecerá ineficaz, ineficiente, insuficiente, lo que termina ahondando la crisis.

Conclusiones

A partir de los conceptos de sociedad del riesgo y sociedad del riesgo mundial, Ulrich Beck presenta una batería conceptual amplia y profunda que permite entender los cambios actuales en los sistemas sociales, políticos, culturales, y particularmente en el sistema internacional. A partir de una transformación en los valores de la modernidad se crea un quiebre histórico e institucional que abre la puerta a una situación en la cual las fórmulas para la estabilidad, la seguridad y la paz parecen haber sido superadas, a la vez que nuevos riesgos y amenazas aparecen en el horizonte, y seuxtaponen para crear un tablero multidimensional en el que diversos actores se mezclan y se imponen a partir de sus capacidades diferenciadas.

Las manifestaciones violentas que se han visto en la última década, desde la llamada Primavera Árabe, hasta las asonadas ocurridas en América Latina, pasando por Cataluña o Estados Unidos, tienen un eje en común que se cruza con los mismos elementos que tiene el terrorismo: su oposición al establecimiento,

especialmente al occidental producto de la modernidad desarrollada en los últimos doscientos años. Esta ruptura amenaza con ser total en la medida en que cuestiona absolutamente todo lo construido y lo que representa este proyecto. Lo que hace más difícil entenderlas y dar respuesta eficiente es que se asume que todas las manifestaciones, por ser altamente violentas, tienen las mismas causas y discursos, y que buscan exactamente lo mismo.

De manera que las respuestas, tal y como se ha demostrado, han sido clásicas respuestas militares que no logran impacto alguno. Por otro lado, las respuestas de corte policial han sido profundamente ineficientes, y a pesar de lograr cierta pacificación, en esa dinámica se crean las bases sobre las cuales se justifica la reproducción de la violencia de las manifestaciones. Es decir, el Estado y las instituciones al activar su respuesta natural caen en un “entrampamiento” que le da mayores motivos a quienes quieren seguir aplicando la violencia contra las instituciones.

La ruptura del proyecto político occidental que le da paso a un globalismo economicista rompe los procesos identitarios sociales, políticos y culturales, sobre los que el republicanismo y la democracia se habían cimentado, dando lugar a una avalancha de luchas que no necesariamente tienen una teleología definida, simplemente responden a la crisis actual, sin formalizar un proyecto a futuro. Dichos proyectos solo pueden salir desde instituciones que entiendan estas dinámicas aleatorias y difusas e intenten dar una respuesta que establezca de nuevo al mundo.

En el caso del terrorismo global, existe una amalgama que justifica la acción violenta:

El Islam se sustenta en una ética de fines. A este respecto hay que señalar, ante todo, que el Islam es más una forma de vida que una religión: una forma de vida vertebrada por las enseñanzas del libro sagrado, el Corán. (Sanmartín, 2012, p. 2)

Este estilo de vida, basado en diversas formas jurídicas y culturales, derivadas de las tradiciones propias pero vinculadas a estas enseñanzas, contrastan con la pretensión occidental de apertura e inclusión, de racionalidad y debate público; y se ubican más en lo que podría ser una ideología integradora y con pretensiones de ofrecer una respuesta sin mayores discusiones, más bien se trata de una fórmula predeterminada.

A diciembre de 2013 había entre 3300 y 11 000 yihadistas extranjeros peleando en Siria, según datos del Centro Internacional de Estudios de la Radicalización (ICSR, por sus siglas en inglés), vinculado al King's College London. Para ese mismo

año se estimaba que entre un 30 % y un 40 % de los combatientes extranjeros que luchaban por establecer un califato islámico en Siria e Irak procedían de países occidentales, como Francia, Bélgica, Reino Unido, Alemania y los países nórdicos (Hola, 2014).

Por otro lado, la gran cantidad de manifestaciones violentas en el mundo tienen, cada una, su propia amalgama; el reto político actual es entenderla para poder enfrentarla. Mantenerse en los esquemas clásicos es seguir enfrentando problemas nuevos con respuestas viejas; las consecuencias serán el escalamiento de las amenazas y la inestabilidad.

Sin embargo, al tener una situación tan atípica como la guerra en Europa Oriental, se le suma otra variable a la SRM, una de la cual el sistema internacional saldrá diferente en su composición de poder, independientemente de lo que ocurra en la guerra.

Referencias

- Beck, U. (2004). *Poder y contrapoder en la era global*. Paidós.
- Beck, U. (2008). *La sociedad del riesgo mundial*. Paidós.
- Beck, U. (2019). *¿Qué es la globalización?* Paidós.
- Borradori, G. (2003). *La filosofía en una época de terror*. Taurus.
- Brand, R. (2005). El discurso filosófico sobre el terror: Habermas y Derrida. *Diánoia*, L(55), 153-165.
- Bush, G W. (2001, 20 de septiembre). *Text: President Bush Addresses the Nation*. Washington Post. <https://wapo.st/2XsiEWz>
- Equipo Especial sobre la Ejecución de la Lucha contra el Terrorismo. (2011, septiembre). *Simposio del Secretario General sobre la Cooperación Internacional en la Lucha contra el Terrorismo*. <https://bit.ly/34tqfWq>
- Hammes, T. (2004). *The Sling and the Stone: On War in the 21st Century*. Zenith Press.
- Hola, C. (2014, 23 de agosto). *¿Cómo llega un joven occidental a convertirse en yihadista?* BBC News Mundo. <https://bbc.in/43d2QGX>
- Innerarity, D. (2009). *El futuro y sus enemigos*. Paidós.
- Nye, J. (2010). El poder blando y la política exterior americana. *Relaciones Internacionales*, 14, 117-140.
- Posadas, R. (2015). Apuntes sobre las reflexiones teóricas de Ulrich Beck. *Estudios Políticos*, 37, 33-56. <http://dx.doi.org/10.1016/j.espol.2016.02.002>
- Resolución 62/272. (2008, 15 de septiembre). La Estrategia global de las Naciones Unidas contra el terrorismo. Asamblea General de Naciones Unidas. <https://bit.ly/3Z8GVNB>
- Resolución 64/297. (2010, 13 de octubre). Estrategia global de las Naciones Unidas contra el terrorismo. Asamblea General de Naciones Unidas. <https://bit.ly/3yWlqVw>
- Sanmartín, J. (2012). Éticas teleológicas y terrorismo islamista. *Isegoría*, 37, 17-47. <https://doi.org/10.3989/isegoria.2012.046.01>
- Sauquillo, J. (2012). Racionalidad del terror. *Isegoría*, 46, 125-150. <https://doi.org/10.3989/isegoria.2012.046.05>
- Villoro, L. (2007). *El concepto de ideología*. Fondo de Cultura Económica.